

# Heredé un fantasma

Laura Escudero Tobler





Todas las mañanas abría la puerta de mi casa y miraba la entrada. Tenía esa costumbre. Me levantaba, revisaba el montón de hojas secas que el viento arremolinaba en una esquina y comprobaba que no hubiera una carta.

Ya sé que nadie manda cartas, igual quería.

Un día pasó.

Abrí la puerta y encontré una carta de verdad. En el frente del sobre blanco estaba escrito mi nombre con prolija letra cursiva. La levanté, cerré la puerta y me serví una taza de café. Todavía no iba a romper el sobre para ver qué había adentro. Quería quedarme así, imaginar lo que traía la carta.

Lo que podía decir.

Probé el café, di vuelta el sobre, le puse miel a la tostada. Miré.

En el remitente leí el nombre de la tía Dorotea Tobler y eso no podía ser. Había muerto como diez años atrás. Es cierto que a veces las cartas demoran en llegar a su destino, pero diez años parecía demasiado. *Stop*. Mejor, hasta ahí.

Era el momento de abrirla. Saqué el papel y leí:

*Querida Ana:*

*Sabrás que algunas cartas viajan de un lado al otro del mundo. Esta viajó en el tiempo.*

*Te imagino con el papel en las manos mientras tratás de entender qué pasó con la carta. No, no se perdió. Y no, no la mandé desde el más allá. Nada de eso. Estuvo guardada en una caja. Esperó hasta que vos crecieras y pudieras hacer lo que te voy a pedir.*

*Antes de revelarte el motivo, quiero decirte algunas cosas. Habrás escuchado que soy rara: hablo sola y no me gustan las visitas. Muchos, en especial los parientes, piensan que estoy chiflada. La gente puede ser muy envidiosa. No hagas caso. Es más fácil encerrar a alguien en una etiqueta que darle el beneficio de la duda. Los motivos de cualquiera son un misterio siempre, no te olvides. Las mejores causas casi todas las veces no están a la vista. Te pido que leas hasta el final y después te tomes cinco minutos antes de decidir.*

*Vamos a lo que nos importa.*

*Como te habrán contado, nunca me casé. Tampoco tuve hijos. Me fue muy bien, tuve una buena vida y te puedo decir que siempre elegí lo que quise.*

*Vos sos mi pariente más cercana y por eso te dejo mi casa de herencia, la que hizo mi papá, o sea tu bisabuelo, y donde nacimos tu abuelo y yo. Desde donde te escribo. Estará cerrada desde mi muerte con los muebles adentro y todo tal como está.*

*Apenas termines de leer esto, tenés que preparar lo indispensable para mudarte. No hay más tiempo. Mi abogado, Alberto Iturriaga, te espera en la calle Rivadavia número 21, primer piso, departamento “C”. Es quien se ocupó de mandarte esta carta y quien te dará la llave y las indicaciones para llegar.*

*Para que la casa sea tuya es necesario que te instales y duermas a partir de este momento todas las noches durante tres meses. Sin decirle a nadie, es un secreto. Podés pensar que es un capricho, sí. Es una pequeña condición a cambio de la herencia.*

*No te preocupes por los impuestos, Iturriaga los pagó durante estos años en que no estuve.*

*Te pido un último favor, adoro el jardín, ¿podrás recuperar y cuidar las plantas? Gracias.*

*Con cariño,*

*Dorotea Tobler*

*P. D.: Me encanta cómo quedan los pensamientos en el cantero del frente.*

La tía Dorotea estaba loca. ¿Qué necesidad de hacer todo inmediatamente? ¿Y qué importancia podían tener las plantas? ¿Cómo alguien era capaz de escribir esto y después morirse?

Me había pedido cinco minutos, tomé el café que ya estaba frío mientras detenía el impulso de hacer un bollo el papel y tirarlo a la basura. Me quedé sentada –por alguna misteriosa razón le hice caso– y me acordé de la casa de la tía Dorotea.

Era grande, con dos patios y también jardín. Tenía ventanales y mamparas de vidrio. Una cocina amplia y, contra la pared, una mesa de madera con cajones (de los que me gustaba sacar piolines y tapitas). Había un sillón de terciopelo azul. Me acordé de que cuando era chica me gustaba sentarme a mirar el cuadro colgado en la pared del frente con la pintura de una tormenta sobre un molino de río.

Era una casa hermosa, un poco vieja.

Pero ¿en qué estaba pensando? Seguro que todo era un invento de la tía abuela delirante y senil. Que me fuera de inmediato, qué ocurrencia.

Miré la cocina pequeña y comprimida, las manchas de humedad en la pared, recorrí con la vista el departamento en la planta baja de la enorme pajarera donde vivía, pero lo que me decidió fue el recuerdo de lo que pagaba de alquiler por ese cubículo. Mi economía era un desastre. Desde que había dejado la facultad mis padres habían reducido su ayuda a una mensualidad austera. Mínima, apenas de supervivencia.

¿Qué podía perder con ir a ver? La calle Rivadavia al 21 quedaba cerca. Me venía bien una caminata para sacarme el fastidio, porque hay que tener mala suerte para recibir una carta en la que te dejan una herencia y que sea el invento de una vieja loca.

Caminé, después corrí —en el fondo, tenía alguna esperanza—; la mufa se convirtió en impaciencia.

En Rivadavia 21 había un estudio jurídico. Sobre una

placa de bronce estaban escritos los nombres de los asociados. Leí “Dr. Iturriaga”. En ese momento, la carta se me cayó encima: cada palabra como gota de lluvia, y toda junta como un diluvio que me dejó empapada en la vereda.

¿Y si era verdad?

La confirmación de las palabras de la tía Dorotea me ponía nerviosa. ¿Y ahora cómo seguía? Dudé, no me animaba a entrar. ¿Cómo iba explicar por qué venía? ¿Por dónde empezaba: “Me escribió una tía muerta”...?

Toqué el portero, subí las escaleras, golpeé la puerta. Una secretaria abrió y me preguntó si quería pasar. Entré. Caminé por el lugar como si fuera un terreno minado, a cada paso podía estallar la desilusión. Me senté a esperar.

A los pocos minutos apareció el doctor Iturriaga. Tendría unos sesenta años. Me miró y dijo:

—Así que usted es la sobrina de la señora Dorotea Tobler.

—Sobrina nieta —contesté.

—¿Recibió la carta?

—Por eso vine.

Hizo una seña para que pasara a su oficina, me indicó la silla, se sentó del otro lado:

—La señora Dorotea dejó instrucciones precisas, entiendo que puedan resultarle extrañas. —Se acomodó los anteojos, me miró—: Nos pidió que guardáramos la carta en una caja fuerte y, diez años después, en el

aniversario de su muerte, se la enviáramos a su sobrina nieta, Ana Tobler.

Levanté y sacudí la carta que hasta ese momento no había soltado. El doctor Iturriaga sonrió:

—Bueno, señorita Tobler, no cabe duda, su familia es peculiar. Sin embargo, el procedimiento es correcto y su tía dejó previstos todos los detalles. Excepto la manera de ubicarla —hizo una mueca burlona por encima de los anteojos—. No fue fácil conseguir su domicilio actual.

—Hace casi un año que vivo en el mismo departamento —dije.

—Ahá. Pero el contrato de alquiler está a nombre de su padre, que actualmente vive en...

—Copenhague.

—¿Copenhague?

—Sí. Copenhague, Dinamarca.

—Pero ¿no estaban en Neuquén?

—Estaban. Ahora viven en Copenhague. Ya sabe, vida de científicos. Mis padres son químicos, investigan, van a donde están los equipos que estudian biotecnología. Para ellos todo empieza y termina en la universidad. Casi le diría que para ellos el mundo ideal es un laboratorio. Pero usted estaba a punto de explicarme sobre la carta de la tía Dorotea.

Hubo un silencio breve.

Como si no me hubiera escuchado, Iturriaga preguntó:

—¿Y cómo es que usted no está con ellos? Digo, con sus padres.

—No me gusta el frío y, además, tenía que empezar la universidad.

—Ah, sí. En las universidades buscamos. ¿En cuál estuvo inscripta?

—En la Facultad de Medicina. Fue un intento desafortunado por seguir la tradición científica de mis padres —dije rápidamente, no había por qué ahondar en mis dudas vocacionales con el abogado de la tía abuela—. Además, me descomponía el olor a formol y las clasificaciones de huesos me mataban de aburrimiento. Doctor Iturriaga, ¿por qué no vamos al grano? ¿Qué le parece si me explica cómo es el asunto de la herencia?

—Muy bien, señorita Tobler, me imagino que leyó la carta. Se trata de la casa de su tía abuela —el abogado sacó una carpeta del archivero—. Ha sido designada única heredera por la señora Dorotea.

—Entonces, ¿es así? ¿Ella me dejó la casa sin nombrar a mis padres ni a nadie más?

—Sí, pero hay ciertos requisitos. Ineludibles. Y este es un punto que insistió en dejar perfectamente claro. Usted quedará como única heredera y recibirá una modesta pensión mensual, bajo la obligación de cumplir las condiciones expresadas en la carta y enumeradas en este documento que voy a pedirle que firme. Usted deberá mudarse hoy mismo y habitar la casa durante los próximos tres meses. Por otra parte, no podrá informar a nadie ningún aspecto del asunto durante ese tiempo.

El incumplimiento de la cláusula de silencio dejará inválida la adjudicación de la herencia.

—¿Invalidada?

—Eso quiere decir que si usted no se muda o divulga estas circunstancias extraordinarias, pierde la herencia —el doctor Iturriaga volvió a mirarme con una mueca divertida—: para el caso, es una suerte que su familia esté en... en...

14

—Copenhague —dije y entré en un estado de agitación ansiosa—. Entonces, firmo este papel, no le digo nada a nadie y me voy ya mismo.

—Eso —afirmó el abogado—. Aquí tiene las llaves y un sobre con la cantidad de dinero para el primer mes que equivale a un sueldo mínimo. Dentro de treinta días viene a retirar una suma igual, y así. Por favor, firme este recibo. En las próximas horas un escribano va a pasar a certificar que ha tomado posesión del inmueble y dentro de tres meses la casa será definitivamente suya. ¿Qué le parece?

—Me parece perfecto.

¿Qué podía decir? Nada.

—Una última observación: la señora Dorotea me pidió que le dijera que no se dejara intimidar ante la primera dificultad.

—Le aseguro que no.

Agarré el sobre con las llaves, vi que tenía la dirección de la casa escrita en el frente, y me fui. A veces hay que hacer lo que hay que hacer. Yo no soy una chica cobarde.

Con un reciente pero interesante sentido práctico, decidí que me iba a instalar en ese mismo momento como pedía la tía Dorotea, que podía estar rematadamente loca, pero, si me quería regalar su casa, yo estaba muy dispuesta a recibirla.

Armé mi mochila de campamento a la velocidad de un rayo. Media hora después estaba lista para irme de vacaciones a la casa de una tía abuela de la que no había sabido nada durante los últimos ¿doce años?, que había muerto hacía diez y había quedado en el archivo cerrado de mi primera infancia. Me tomé el 50 hasta el barrio Los Bulevares, decidida a conseguir mi herencia.

15